

Vasili Rózanov

Motivos orientales

Traducción de Jorge Ferrer



Título del original en ruso:

Из восточных мотивов

Edición: Javier L. Mora

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

Imagen de cubierta: papiros en una pintura egipcia

De la traducción: © Jorge Ferrer Díaz, 2023

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798883211545

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

PREFACIO

En 1916, Vasili Rózanov es un hombre al que le quedan tres años de vida. Ya la furia de la Gran Guerra embarra de odio y sangre a Europa; ya asoma el hocico la Revolución rusa de febrero de 1917, cuyo fogonazo será el preludio de la tragedia que pronto se cernirá sobre Rusia y el mundo. Rózanov, el gran polemista, el furibundo panfletista, la estrella más rutilante, pero también la más oscura, de los últimos años rusos, siente que debe arriar las velas y se retira a una casa en Serguiev Posad, a setenta y cinco kilómetros al norte de Moscú. Allá le llevarán a duras penas una parte de su biblioteca. En la propiedad que alquilará pasará frío; la estrechez económica le impedirá tomar criados a su servicio. Los Rózanov se verán obligados a cargar el agua y la leña de las que se sirven.

Son esos los días de un calendario herido a bocados impresionistas por la historia en los que, odiado por casi todos, puesto en duda hasta por los más próximos, Rózanov decide levantar un monumento a Egipto, al Egipto precisamente monumental y funerario. Es esta una decisión que parece parte del repliegue: el hombre al que Vladímir Lenin, el líder de la autocracia por venir, llamó «un psicópata sexual», se apartaría del fragor de la historia y la política rusas y europeas para volverse hacia el remoto Oriente.

En realidad, se trata de una estrategia y de la administración de un fármaco: aterido en medio de un tiempo ensordecedor, Rózanov decide volver al centro de lo que lo ha ocupado durante toda la vida que el tiempo ahora le va a acortar. Retroceder hasta el origen de la civilización humana, al preludio y los albores de las religiones monoteístas, al sexo, la maternidad; volver al misterio, a envolverse en él más que a desentrañarlo, para conjurar la patria positivista en la que había degenerado el desorden europeo.

Vasili Rózanov es el más distinto de los escritores rusos de principios del siglo xx. «Un raro», se diría. También un gran reaccionario, un grafómano, un hombre a caballo entre dos mundos y corriendo al galope hacia el que quería inventarse. Nikolái Berdiaev, uno de los filósofos rusos más notables de su generación y uno de los dos, junto a Liev Shestov, que se ganó en las décadas que vendrían la lotería del reconocimiento en Occidente del que Rózanov careció, replicó en diciembre de 1907 a un discurso del autor de *Motivos orientales* con palabras que resumen a la perfección la relación de amor y odio encontrados que caracterizó la relación del *establishment* religioso, filosófico y cultural ruso hacia Rózanov, salvo cuando, que era casi siempre, se dejaba dominar por el odio. Dijo el autor de *Una nueva Edad Media*: «Rózanov es el primer estilista de la literatura rusa, un escritor con genuinos destellos de genialidad. Hay algo único, late una vida misteriosa en sus palabras, una magia... No utiliza voces laterales, muertas, librescas. Cada una de las palabras que escribe está biológicamente viva,

bulle en ellas la sangre... Todo ello hace de Rózanov un fenómeno completamente extraordinario, inédito, que no puede ser abordado con los criterios al uso». Pero, tras cubrirlo de ditirambos, Berdiaev lo dejará caer enseguida: «La genial fisiología de la escritura de Rózanov admira por su carencia de ideas, su falta de principios, su indiferencia a la hora de distinguir entre el Bien y el Mal, su distancia de la verdad y su falta total de moralidad... [Pero sus lectores] perciben que hay vida en sus libros y le perdonan su monstruoso cinismo, sus bajezas de escritor, sus mentiras y traiciones».

En *Motivos orientales* está todo Rózanov, como todo él está en cada uno de sus libros armados con la carpintería más delirante de la delirante Rusia: *Hojarasca*, *En el mundo de lo oscuro y lo irresuelto* o *Solitaria*. El eco de la muerte, no obstante, el inminente susto de la muerte confrontado con la alegre visitación del origen de la civilización en la cuenca del Nilo es, en este breve volumen, de una belleza tan conmovedora como alucinante.

Motivos orientales es uno de los últimos libros de Rózanov. En ese estruendo final, tan solo se lo podría equiparar con *El apocalipsis de nuestro tiempo*, la obra de un cadáver que observa el calendario pisoteado por los hombres. Ese hombre miró antes al origen, al lirio agitado por la brisa, dejó dicho que no se rendía, porque había un destino que escribirle al mundo. Un destino que, ¡vaya mala pasada!, era a la vez pretérito y sentencia.

La edición rusa que he tomado como base para esta traducción es la de Aleksandr Nikoliukin, una colección de obras de Vasili Rózanov en veinte volúmenes que se publicó entre 1995 y 2000. Nikoliukin, quien en tiempos soviéticos se dedicó fundamentalmente al estudio de la literatura romántica norteamericana, acometió en el período poscomunista la publicación de ediciones críticas de algunos de los principales autores del Siglo de Plata, significativamente de Rózanov, Dmitri Merezhkovski y Zinaída Gippius.

En la nota editorial con la que acompaña sus anotaciones al texto, Nikoliukin recoge una frase que denota el desespero de Rózanov por ver publicada finalmente esta obra, cuyo itinerario en la imprenta estaba siendo tortuoso y, con la llegada de la Revolución de febrero de 1917, quedó interrumpido. Rózanov, que publicaba el libro por fascículos que recibían los suscriptores, una práctica habitual en la época, solo había publicado dos entregas antes del estallido revolucionario. Ambas salieron de las prensas de la tipografía Sirius, que su nervioso cliente elogia como «provista de equipos magníficos». Es a ella a la que se refiere en la p. 149, cuando escribe: «corro a la tipografía con las galeras en la mano». En diversas cartas y anotaciones, estas últimas destinadas a la publicación de sus obras completas, Rózanov da otros títulos a ese libro futuro, que comprendería doce fascículos. *Egipto a secas* y *Mi Egipto* son dos de esos títulos alternativos. De entre todos, no obstante, prefería el de *Egipto renaciendo*. En una de esas notas que uno quiere llamar prepóstumas escribió: «“Motivos orientales”

resulta [un título] flojo. Huele a opereta. Habría que buscar algo más serio: *Egipto renaciendo*. Imaginarlo como cuando en las selvas o las pampas cae a chorros la lluvia “en el equinoccio de primavera” (sobre todo si son lluvias tropicales). “Antes de esas lluvias”, la tierra quemada por el sol se agrieta, se pone dura como un trozo de madera. Pero al ser rociada se advierte de repente cómo se levanta una pequeña joroba de arcilla, se quiebra la tierra dura..., y emerge una jibia, o un aligátor, o una boa. Bichos que se habían echado a dormir bajo tierra, “a dormir el verano”, y ahora reviven de golpe. Eso es lo que sucede ahora con Egipto. Hoy Europa es una tierra agrietada, es arcilla seca sobre el lomo de un monstruo inmenso, un plesiosaurio. Y esa tierra va desprendiéndose del lomo de la bestia, porque Egipto se está levantando. Primero fue “la visión de Rózanov acerca de Egipto” y ahora ya viene Egipto en pleno, “el propio Egipto” comparece».

Erich Gollerbach, cuya *Vida y obra de Vasili Rózanov* (Petrogrado, 1922; YMCA Press, París, 1976) es la primera biografía del autor de *Solitaria*, anota que Rózanov continuaba trabajando en la conclusión de este libro en 1918: «...Los ritos y símbolos del Antiguo Egipto lo colmaban de ternura y de entusiasmo. Manifestaba su enfado con Maspero y Champollion, quienes, sostenía, no habían sido capaces de comprender nada de Egipto. Su particular egiptología rebosaba originalidad, la originalidad que le era tan propia. Mantenía una especie de lirismo fálico, un contacto sensible y palpitante con los tesoros de la Antigüedad».

La guerra y la revolución, el horror diario y el que adivinaba y glosó en *El apocalipsis de nuestro tiempo*, lo obligaban a mirar al pasado del mundo. Porque en su belleza y su misterio, parecía pensar Vasili Rózanov, ese egipcio pasado del mundo, era la cifra de un porvenir.

Una última nota. He trabajado muchos años para ver publicada esta traducción. Unos veinte años, concretamente. Ha sido una historia tortuosa. Pero los libros, ya se sabe, se toman su tiempo para encontrar al lector. La editorial Casa Vacía reúne hoy por fin este testamento de Vasili Rózanov con sus lectores en lengua española. Solo cabe imaginar el estremecimiento del maestro ruso en este momento de la historia del mundo.

JORGE FERRER

El 20 de abril de 1916 cumplí 60 años. Durante un tercio de siglo, desde 1881 aproximadamente, he trabajado bastante con la pluma. Ahora he decidido convertir este «cumpleaños» en «año jubilar» y celebrarlo junto a mis queridos y amables lectores, compartiendo con ellos aquello que más amo...

Y a nada amo más que a los egipcios. No me propongo aquí rechazar ni condenar: en un día y un año jubilares se impone la paz. Mas, lo cierto es que ni los griegos ni los romanos me han atraído nunca y los hebreos lo han hecho solo muy de pasada y, según advertí mucho después, esa atracción se debía a la impronta que Egipto había dejado en ellos. Egipto está en la raíz de todas las cosas. Dio a la humanidad la primera genuina Religión del Padre, la religión del Padre y la Madre del Universo y aportó a la humanidad la oración, descubrió a todos los hombres el misterio de la «oración», el misterio del salmo...

También les enseñó a cobrar conciencia de la Providencia y el Destino. Y que el hombre puede caer en el «pecado», una caída que será «castigada»... Fue en Egipto donde se elaboraron las nociones primeras y primordiales de la religión, aquellas que constituyen su fundamento y las columnas sobre las que se yergue. ¡Oh, ahí estamos ante algo mucho más alto, recio y

eterno que las pirámides! Nada puede compararse con esa «eternidad», ni siquiera unas pirámides que solemos llamar «eternas».

Necesito esas nociones, las necesito tanto como todos los hombres. Y así será por los tiempos de los tiempos.

En realidad, no fueron ni los hebreos ni los griegos quienes instituyeron los principios de la civilización. Abraham, el primero entre los hebreos, llegó a Egipto cuando ya resplandecían allí todas las luces. Abraham aún balbuceaba, cuando ya Egipto hablaba con voz de hombre adulto.

Todos los pueblos son niños cuando se los pone delante de los egipcios; por tanto, toda la historia es hija de Egipto. Pero los hijos ingratos han olvidado al Padre. Y es precisamente sobre ese Padre, que he querido hablar con mis queridos lectores en este, mi sexagésimo cumpleaños.

V. R.

EL INSTANTE MÁS GRANDE DE LA HISTORIA

*E*l imperio romano, compilación de artículos traducidos por A. S. Miliukova, San Petersburgo, 1900. Julian Kulakovski, *La muerte y la inmortalidad entre los antiguos griegos*, Kiev, 1899. Gustave Flaubert. *Salammô*. Una novela. F. W. Farrar, *Salomón, su vida y su tiempo*, San Petersburgo, 1900. *El templo del Antiguo Testamento en Jerusalén*, ensayo del profesor Olesnitsky publicado por la Sociedad Ortodoxa de Palestina.

Tengo delante una serie de libros. Algunos recién leídos; otros hace ya largo tiempo que constituyen mi más dilecto entretenimiento. La compilación de la Sra. Miliukova (667 pp.) está constituida, en su menor parte, por investigaciones originales rusas y, en su mayor parte, por traducciones de trabajos recientes debidos a autores de Europa occidental (de los que se incluyen apenas fragmentos), así como trabajos antiguos. Así, pues, nos encontramos con que junto al artículo del profesor Guérié «Augusto y la instauración del imperio romano» se puede leer la traducción de una inscripción aparecida en el monumento de Ancira: «Res gestae divi Augusti», una autobiografía de Augusto descubierta y traducida por Mommsen. El retórico texto de Farrar no se atreve a apartarse del tono

habitual impuesto a la exposición de temas bíblicos: consigue abrir las alas, pero no alcanza a emprender el vuelo; quiere escapar, pero permanece anclado al suelo. La famosa novela de Flaubert sí que ofrece algo, mas no pasa de ser un emplaste oleográfico de sangre y vulgaridad inhumana. El maravilloso texto del profesor de la Academia Eclesiástica de Kiev, Olesnitsky, los supera a todos a tal punto que hace imposible toda comparación gracias a la recreación que hace del Tabernáculo del Antiguo Testamento y el Templo de Salomón, reproduciéndolos hasta en sus detalles más nimios. Con todo, ¿qué son todos esos trabajos si se los compara con la envergadura del tema que tratan? Un asunto de veras inagotable. El momento más grande de la historia: he ahí el verdadero nombre de aquellos dos o tres siglos en los que se produjo la fractura que condujo al mundo pre-cristiano a la era cristiana. Los historiadores ensayan sus investigaciones sobre esa fractura; los escritores le dedican novelas. Hasta los articulistas extraen colores de esa anciana palestra. Sin embargo, ¿conocemos en realidad ese período de la historia? Sí, gracias a los monumentos que nos ha dejado. ¿Lo comprendemos? Difícilmente.

¿Acaso mucha gente conoce que el 25 de diciembre, «Fiesta de la Natividad de Cristo», día en que corremos alegremente a las iglesias cristianas a encender cirios ante las sombrías imágenes, fue adoptado y declarado festivo por la nueva religión como *un compromiso con el culto de Mitra* y pertenece de hecho a un ciclo litúrgico de esa divinidad estelar de origen meda? V. V. Bólotov, el talentoso y recientemente fa-

llecido profesor de la Academia Eclesiástica de San Petersburgo, tiene un estudio titulado «Día y año del martirio de San Marcos Evangelista». En ese texto, y como de pasada, entra en importantes detalles relativos a la disposición del calendario de fiestas, y he aquí que, otra vez como de pasada, refiere una serie de hechos incontrovertibles sobre la relación entre el cristianismo primitivo y el culto a Mitra. Así, narra la polémica entre los «partidarios» y los «opositores» de uno y otro culto y cómo la discusión se inclinaba constantemente en una u otra dirección, aunque no precisamente a favor del cristianismo. Cuando se le arrancó finalmente la victoria al paganismo, los líderes cristianos adoptaron y *se apropiaron de la principal fiesta mitraica de la salida del Sol que celebraban los paganos en Roma el 25 de diciembre* y declararon esa jornada como el «Día de la Natividad de Cristo» para enmascarar y esconder así lo sucedido. Os confieso que cuando leí eso, me sacudió un temblor. Fue como si tuviera ante mí un trozo de carne despidiendo sangre y humo, un trozo de carne recién arrancado en el fragor de aquella pelea de antaño. «¡Así de candentes fueron las cosas!»... Y ¿quién no sabe hoy en día que Constantino el Grande, habiéndole ya dado el triunfo al cristianismo mediante su proclamación como religión de estado y después de haber visto el signo milagroso de la Cruz dibujado en el cielo, recibió el bautismo apenas unos días antes de morir, como si quisiera decirles a todos los fieles de la nueva religión: «¡El cristianismo ha triunfado en el imperio, pero no ha triunfado en mi corazón!». Mientras que las legiones, la población

y los funcionarios imperiales se habían convertido al cristianismo y cuando el Concilio de Nicea ya había dibujado los perfiles fundamentales de la Iglesia, ¿qué impedía al alma solitaria del emperador dar ese paso, tan necesario, por cierto, si se atiende a las razones de la política? «Antonio Pío levanta un templo consagrado a Mitra en Ostia, en la desembocadura del Tíber; en tiempos de Marco Aurelio se erige una estatua de Mitra en la colina del Vaticano, en Roma, en el mismo emplazamiento donde hoy se alza la Basílica de San Pedro», escribe Jean Réville en su libro *La religión romana en tiempos de los Severos*. Pero ¡¡¡¿qué representa exactamente Mitra?!!! Pues resulta que nadie lo sabe en verdad y con propiedad. Nadie conoce la esencia de la cuestión. Cuando uno lee estudios sobre el tema se topa con toda una serie de supersticiones que apenas consiguen atraer nuestra atención. Lo único que alcanza a despertar nuestro interés es la historia del progresivo afianzamiento del culto. Es sabido que se lo conoce gracias a los *piratas* derrotados por Pompeyo, pero los ecos de esas «supersticiones» han sido tan mezquinos y denigratorios durante tanto tiempo —durante unos doscientos años, aproximadamente—, que nos resulta difícil aclararnos con los escuálidos datos que han llegado hasta nosotros. Aunque, *algo hemos sabido* después. ¿Qué exactamente? Es difícil precisarlo. Marco Aurelio, por ejemplo, dista de ser un bandido cualquiera y a él lo hemos leído. Hace unos años, Tolstói nos lo recomendaba como un gran moralista y resulta que Marco Aurelio erigía altares a Mitra. Evidentemente, hay cosas que él sabía y desco-

nocemos nosotros. Desconocemos todos los asuntos cruciales en torno al culto a Mitra y al culto pagano en general y, desconociéndolo, nada entendemos de la sangre, las venas y los nervios del momento más grande de la historia. ¿Qué *sucedió*? ¿En qué consistió *aquello*? ¿Por qué tuvo lugar aquella lucha que, evidentemente, transcurrió también *en los corazones*?

Reparemos en cómo nos imaginamos la época y la fractura que en ella se produjo. Pues, resulta que nos decimos: «El mundo se hundía en el vicio; los césares se entregaban a la bebida y las mujeres a la lujuria. No había más que Mesalinas por todas partes. Nerón. El impotente Tácito. El cáustico Juvenal. De pronto apareció el apóstol Pablo predicando la fe en Cristo. La luz derrotó a las tinieblas». Semiradski, lo mismo que Sinkiewicz, han encontrado en esa explicación el sustrato adecuado a sus talentos. Mas ¿fueron *así* las cosas? ¿Así de *sencillas*? ¿Acaso no hubo angustia? ¿No hubo perplejidad? Y de haberlas, ¿cómo se manifestaron?

¿Acaso no habrá hoy algo pagano en mí y en ustedes, mis lectores, aunque esa presencia nos pase inadvertida? He ahí el meollo de la cuestión. He ahí la llave del enigma. Pongámoslo más claro aún: ¿no será que a veces pronunciamos la palabra «dios», o «Dios», con tales matices y en tales situaciones de nuestra vida personal o del mundo que nos rodea en las que no hay decididamente ninguna razón para invocar los preceptos específicos ni los nombres propios que llevó el apóstol Pablo a Roma? Pues sí. Sí que los hay:

Cuando vibra el ambarino prado

Y el bosque joven despierta al rumor de la brisa

...
Se aplaca el ansia de mi alma
Y veo a Dios en el cielo.

¡Qué extraños versos! Si, después de revisarlos, el censor hubiera propuesto al poeta modificar el último verso a cambio del *imprimatur*, adecuándolo así a la prédica del apóstol Pablo, es decir, escribiendo algo como «y en el cielo veo a Jesucristo», Lérmontov habría montado en cólera, hubiera vuelto a casa con su poema y tras meditar un buen rato sobre la propuesta, habría decidido que era preferible que permanecieran inéditos antes que someterlos a una corrección totalmente ajena al *estado de su alma* y al *objeto de su poesía*. He ahí una representación exacta de ese conflicto perenne. En aquella época aún no se había creado la teología, ni existía un sistema religioso. Solo disponían del Evangelio. Luego, la esencia del conflicto radicaba en que *dondequiera* que el mundo pagano sentía la necesidad espiritual de invocar *el nombre de Dios sin definiciones exactas*, los cristianos comenzaron a exigir que se invocara *un nombre concreto y determinado*, el que se nombra por doquier en el Evangelio. Nos hemos acostumbrado a ello durante este millar de años transcurridos. Pero lo cierto es que entonces estos mil años no habían pasado. Todavía recuerdo fragmentos de una canción que me impresionó cuando era niño. En ella se describía a un prisionero injustamente encarcelado y había una escena que protagonizaban la noche y el centinela que velaba tras la ventana enrejada:

*Y en la bayoneta del centinela
Ardía la luna de medianoche.*

Por supuesto que los versos son mediocres, porque ¿cómo va a «arder» la luna, ella tan pálida y tímida? Pero he aquí los dos versos en los que el autor y el intérprete intentaban consolar al prisionero:

*Pero existe en el mundo la Providencia
Y en la santa Rusia hay un padre.*

O sea, que hay un «rey» en la tierra y en «el mundo existe una Providencia», que no permitirán que prevalezca la injusticia. Ahora bien, si en los versos finales hubiéramos sustituido la palabra «Providencia», o le hubiéramos propuesto hacerlo al poeta, por la frase «porque vivió, murió y resucitó Jesús, hijo de María, casada con José», el malentendido habría aflorado de nuevo. Entonces nadie habría aceptado cambiarlo o se habría visto que era imposible hacerlo, devolviéndonos así al meollo mismo de ese añoso conflicto. ¿Creían los antiguos en la Providencia? ¡Por supuesto que creían en ella! ¿Creían en la inmortalidad del alma? Pues claro que creían en la inmortalidad del alma. De hecho, le profesaban una fe fortísima, como nos revelan los misterios de Eleusis y los diálogos de Platón. ¿Conocían los antiguos al Creador del Universo? De él nos hablan constantemente Platón y Aristóteles. La fe en Dios era tan fuerte, que, por ejemplo, es precisamente con una invocación a Dios que Demóstenes comienza su discurso *De corona* y Platón concluye muchos de sus diálogos con oraciones. Así el *Fedro*, por ejemplo.

¿Podemos imaginarnos a Spencer cerrando con una oración a Dios su *Social Statics* o *The Principles of Ethics*? Solo preguntarlo ya mueve a risa, porque si algo así sucediera, le acusarían de beatería. En aquel entonces, los antiguos no se mofaban de Platón o Demóstenes y, por consiguiente, podemos afirmar que en las postrimerías del paganismo la tensión de la fe, tanto entre los sabios como entre la masa social, era más brillante, más grave, y hasta pudiéramos decir, más trágica que la de ahora, cuando no parece que estemos aún ante el fin del cristianismo. Así que la fórmula «El mundo se acababa, los césares se entregaban a la bebida, las mujeres se prostituían, mientras... etc.» carece de todo fundamento. Simplemente nos queda admitir que ignoramos *qué rayos era lo que sucedía entonces*.

Los nombres propios de los dioses de la antigüedad, como los de todo el Olimpo y el Capitolio, carecen de un sentido fijo. Ello se ve por la facilidad con que Mitra reemplaza a Júpiter y la manera en que los ptolomeos, griegos de origen, es decir, adoradores de Zeus y Hera, al llegar a Egipto, se afanaron en la restauración de los templos de Osiris e Isis. Podemos concluir que todo el teísmo de la humanidad se divide en dos corrientes: un teísmo cristiano y un teísmo no cristiano. El segundo fue idéntico en todas partes y se basaba en la fe en la Providencia, en el Creador del Universo, en la vida de ultratumba y el juicio ulterior que enfrentarían tanto justos como villanos. Todo eso, qué duda cabe, también está contenido en *nuestra fe*, aunque surgiera *antes que ella*. La lucha entre el teísmo cristiano y el teísmo no cristiano se manifiesta

en la larga perplejidad que experimentó el mundo antiguo, en la duradera duda que le producía la incerteza acerca de si de veras el Juicio Final, la inmortalidad del alma y la omnipresencia de Dios cabían —si es que cabían—, en el apretado relato llegado de Galilea, un relato que ellos no conocían *desde la óptica teológica común entre nosotros y que ya ha hecho suyas todas esas antiquísimas y amplísimas creencias*, sino a partir de la narración de una vida de apenas treinta y tres años que culminó en la crucifixión y la resurrección. Un relato, además, protagonizado por una sola persona en un país determinado.

—¿Y qué hay del mundo? —se preguntaban—. ¿Acaso no tiene un Creador? ¿Será que, pobres de nosotros, nos hemos quedado sin la Providencia?

Los cristianos no han encontrado respuesta para esas preguntas. No las encontraron entonces; no las encuentran ahora. Han sido los largos siglos de reflexión dentro del cristianismo quienes ofrecieron respuestas, pero lo hicieron *más tarde*, lo hicieron *después*. Y esa parece ser la causa de la obstinación con que el mundo antiguo se opuso a la historia llegada de Galilea.

Consideremos, ahora, nuestra propia situación. Es de sobra conocida la manera de reclutar a los novatos entre los cosacos del Zaporozhie. Conducen al candidato ante el atamán y este le pregunta:

—¿Crees en Jesucristo?

—Creo.

—¿Crees también en la Santísima Virgen María?

—Creo.

Habiéndose asegurado de que el recién venido no es un infiel, sino un cristiano, el atamán dispone que lo enrolen en la tropa. El novato se ha convertido en «cosaco», o sea, de alguna manera, en «caballero de la Cruz y la fe cristiana». Así mismo, todos nosotros respondemos a la pregunta «¿Qué eres?» con un «Soy cristiano» y añadimos:

—Nos llamamos cristianos, *porque creemos en Jesucristo, nuestro Dios.*

—*¿Vuestro Dios?*

—*El hijo de Dios.*

Pero, sin embargo, la diferencia es colosal, porque la expresión «Jesús, el hijo de María, casada con José» no abarca toda la dimensión del *teísmo* y, en consecuencia, no la agota, sino que apenas constituye su momento segundo e interpuesto. Y quién sabe si en los dos tercios dejados fuera no se aloje el sentimiento indefinido de Dios que tenían Demóstenes y Platón y sus ideas claras, aunque todavía desconocidas. Más aún: ¿no estarán ahí contenidos, para decirlo a la manera de los historiadores, «los helenos y los hebreos»? Súbitamente, en el primer, segundo y tercer siglo de nuestra era, el cristo-teísmo le fue ofrecido a un mundo civilizado y antiguo, pero aún imbuido de una fe ardiente. Y este lo rechazó. Transcurridos diecinueve siglos, nosotros ahora sí sabemos que el cristo-teísmo no abarca más que un tercio del total del teísmo, pero al mundo antiguo la nueva fe le fue ofrecida como si fuera todo el teísmo. ¡Claro que entonces tenía derecho a rechazarlo! He ahí lo que no han podido aclarar los historiadores, ni nadie: ¿qué hay en esos dos tercios ocultos de teísmo?

ÍNDICE

Prefacio / 7

El 20 de abril de 1916... / 13

El instante más grande de la historia / 15

El bosque encantado / 43

Desde el fondo de los tiempos / 50

Detalles y particularidades (de cómo aparecieron
los «misterios egipcios» y otros «misterios
antiguos») / 149